

NEW LEFT REVIEW 155

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2025

ARTÍCULOS

MARTÍN MOSQUERA	El significado de Milei	7
DYLAN RILEY & ROBERT BRENNER	Respuesta a los críticos	29
OWEN HATHERLEY	Arquitectura del futuro	81
NAN DA	La crítica en la era de la IA	111

CRÍTICA

NICHOLAS MULDER	Interludios de abundancia	139
GABRIELE PEDULLÀ	Los materiales de Timpanaro	153

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CRÍTICA

Tom Geue, *Major Corrections: An Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro*, Londres y Nueva York, Verso, 2025, 288 pp.

GABRIELE PEDULLÀ

LOS MATERIALES DE TIMPANARO

La historia del socialismo italiano ha estado estrechamente entrelazada con el universo material de la palabra impresa. Tras la derrota de la Comuna de París, los primeros defensores del pensamiento de Marx fueron a menudo tipógrafos de las ciudades más periféricas de la península, dedicados a la producción de ediciones semiclandestinas del *Manifiesto comunista*. Acostumbrados a la disciplina y al trabajo manual, leían libros y eran capaces de manejar ideas complejas por lo que constituían una especie de puente entre el mundo del proletariado y el de la intelectualidad, entre la praxis y el pensamiento abstracto. A finales de la década de 1890, el filósofo marxista Antonio Labriola dirigió uno de sus discursos políticos más elocuentes a una sección de tipógrafos del Partido Socialista en Roma. En la década de 1930, antes de convertirse en uno de los escritores más célebres de su generación y durante un tiempo simpatizante del PCI, el siciliano Elio Vittorini trabajó como corrector de pruebas en un periódico de Florencia. Su inglés —se convirtió en un gran traductor— lo aprendió de los libros que le proporcionaba un colega que había estado en Estados Unidos, razón por la cual nunca aprendió la pronunciación correcta; cuando finalmente conoció a Hemingway, su modelo literario, Vittorini tuvo que resignarse a comunicarse mediante escuetas notas escritas. En la siguiente generación, un corrector de pruebas de La Nuova Italia, una pequeña editorial florentina, se convertiría en uno de los grandes teóricos marxistas de finales del siglo XX: Sebastiano Timpanaro.

No es fácil resumir la contribución de Timpanaro. Nacido en Parma en 1923 –su padre era físico y su madre historiadora de la ciencia griega antigua; ambos eran socialistas–, creció en Pisa bajo la sombra del fascismo y estudió filología clásica con el renombrado Giorgio Pasquali en la Universidad de Florencia. El propio Timpanaro se convirtió en un filólogo destacado, dedicado a reconstruir textos de la Antigua Grecia y Roma a partir de las copias defectuosas y fragmentarias que habían sobrevivido al paso de los siglos. Sin embargo, en lugar de seguir el curso habitual de producir una nueva edición crítica de, por ejemplo, Virgilio, se dedicó a los detalles de la «investigación puntual», abordando problemas particularmente complejos de corrupción textual, combinados con estudios pioneros sobre la historia y la teoría de la filología. Sin embargo, debido a una forma grave de agorafobia, este erudito de talla mundial nunca ocupó un puesto universitario, sino que, tras un breve periodo en su juventud enseñando historia italiana a estudiantes de formación profesional, se ganó la vida como corrector de pruebas. (No se trataba de un trabajo meramente tedioso: La Nuova Italia publicaba importantes revistas como la liberal-socialista *Il Ponte*; su catálogo era especialmente sólido en filosofía y estudios clásicos, habiendo publicado libros de Ernst Bloch, Dewey, Vincenzo Di Benedetto, Heidegger, Heller, Hyppolite, Lukács, entre muchos otros, y en 1968 la primera traducción italiana de los *Grundrisse* de Marx). Al mismo tiempo, Timpanaro era un militante comprometido de la izquierda, «que colocaba carteles y participaba en reuniones y discusiones interminables», como le escribió a un amigo, primero en el ala radical del Partido Socialista Italiano, al que se unió después de la Liberación, y luego en el más militante Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria (PSIUP) y sus sucesores; sin embargo, se oponía rotundamente al voluntarismo de izquierda y estaba en desacuerdo con la mayoría de los entusiasmos radicales de su época.

Timpanaro se hizo famoso como estudioso internacional con *La genesi del metodo del Lachmann* (1963), que revolucionó la historia de los estudios clásicos al desenterrar la obra de los precursores renacentistas e ilustrados de Karl Lachmann (1793-1851), considerado hasta entonces el padre fundador de la filología moderna. Pero su investigación y sus intervenciones fueron mucho más allá de su campo de especialización. *Sul materialismo* (1970) fue una apasionada defensa del materialismo marxista frente a las infiltraciones idealistas, de Hegel a Croce –y la nefasta influencia liberal-idealista de este sobre Gramsci– pasando por el estructuralismo y el psicoanálisis; no era el tipo de libro que cabría esperar de un estudioso de Virgilio. *Il lapsus freudiano: psicanalisi e critica testuale* (1975), un enérgico ataque a uno de los principios fundamentales del psicoanálisis, podría parecer aún más alejado de los intereses típicos de un filólogo. En este periodo, las décadas de 1970 y 1980, Timpanaro también fue un importante colaborador de la *NLR*, donde

su crítica a Freud fue discutida por Charles Rycroft, Jacqueline Rose, Juliet Mitchell y Peter Wollen, mientras que Raymond Williams se ocupó de las concepciones de la historia y la naturaleza contenidas en *Sul materialismo*.

Timpanaro dudaba de que pudiera haber una forma de aunar todos sus campos de investigación y metodologías, en particular la atención al detalle del filólogo y la visión global del filósofo. Sin embargo, esto es precisamente lo que Tom Geue, un joven clasicista australiano, se ha propuesto hacer en *Major Corrections: An Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro*, una ambiciosa biografía intelectual basada en un intensivo estudio de los documentos de Timpanaro depositados en la Scuola Normale Superiore de Pisa –incluidas más de diez mil cartas dirigidas a colegas, amigos y compañeros– para ofrecer un retrato coherente y completo de esta figura tan singular. Como explica Geue con franqueza, lo que le atrajo inicialmente de Timpanaro fue la evidente sinergia de sus intereses –«ambos nos formamos en el campo de la filología clásica y ambos teníamos vínculos y simpatías con la izquierda radical»– después de que su supervisor de lenguas clásicas en la Universidad de Sídney le diera a conocer *Il lapsus freudiano*. Pero cuanto más leía Geue la obra de Timpanaro, más apreciaba la mala opinión que el italiano habría tenido de sus propias contribuciones al estudio de la literatura latina, impregnadas como estaban de una tradición intelectual que se regodeaba en «el largo resplandor del posestructuralismo», sobre todo en Cambridge, donde había estudiado para elaborar su tesis doctoral sobre las sátiras de Juvenal: «Si el protagonista de este libro hubiera podido elegir a su sintetizador intelectual y exégeta, una cosa es segura: no me habría elegido a mí».

No obstante, *Major Corrections: An Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro* está motivado por un entusiasta interés teórico por su pensamiento, sensible a su específica combinación de rigor filológico, compromiso radical y alcance histórico. La hipótesis marco de Geue es que la formación filológica de Timpanaro no solo le proporcionó un conjunto de técnicas literarias e históricas susceptibles de ser aplicadas a planos culturales y políticos más amplios, sino que también influyó en su concepción social e intelectual del mundo a lo largo de toda su vida: defender los principios de fidelidad a la verdad, prestar atención a los detractores y hacer justicia retrospectiva a los pensadores olvidados e ignorados; los antiguos, solía decir Timpanaro, tienen derecho a ser comprendidos. La biografía de Geue se desarrolla como una demostración, poniendo a prueba y matizando esta tesis al revisar, una por una, las muchas áreas en las que Timpanaro dejó una huella importante. El orden es más o menos cronológico, pero en realidad procede temáticamente. Tras una sección introductoria sobre la familia y la política, Geue traza un mapa del campo de la filología clásica en el que se formó Timpanaro. El autor ofrece una reconstrucción admirablemente lúcida de

los principales debates teóricos que la han animado, un telón de fondo indispensable para comprender la evolución personal de Timpanaro, así como sus contribuciones más técnicas. El libro remonta la historia de la filología a los esfuerzos de los eruditos helenísticos del siglo III a. C., que se propusieron codificar y corregir las copias, a menudo de mala calidad, de los textos clásicos que les habían llegado, iniciando las técnicas de recensión –comparar las transcripciones sobrevivientes de una obra determinada– y enmienda: identificar los errores de los copistas anteriores y arriesgarse a corregirlos.

Como muestra Geue, Timpanaro se mostraba absolutamente sensible a la naturaleza frágil y perecedera de estos materiales y siempre fue consciente de la enorme cantidad de «obras perdidas», que habían desaparecido para siempre y del valor correspondiente de todo lo que había sobrevivido. Su tesis de licenciatura con Pasquali elaborada en Florencia consistió en un estudio sobre Ennio, el primer gran poeta romano, cuya obra nos ha llegado únicamente en forma de citas de escritores posteriores. (Timpanaro dedicó un inmenso trabajo de investigación a defender que la referencia de Ennio a «las lágrimas de Homero», citada por Lucrecio en *De la naturaleza de las cosas*, debía entenderse como lágrimas de alegría y no de dolor y pena). Su horror por los audaces reescritores de textos clásicos –especialmente los ingleses del imperio, de Richard Bentley a A. E. Housman, que reivindicaban la licencia de su inspiración poética personal– se correspondía con su inmenso respeto por el minucioso trabajo de los primeros infatigables estudiosos de este campo, de los olvidados eruditos de la Antigüedad tardía, que habían tratado de preservar la versión más fiel posible de la *Eneida* de Virgilio. Recogidas en sus *Contributi di filologia* (1978) y *Nuovi contributi di filologia* (1994), las obras de «exégesis puntual» de Timpanaro sobre problemas interpretativos clave como el *ut vidi ut perii* de Virgilio, en la Égloga VIII –el primer arrebato amoroso del niño de doce años– o la etimología de *ilicet*, suponen para Geue «una clase magistral» de restitución investigadora.

Timpanaro se mostraba igualmente escéptico ante las clasificaciones filológicas generales introducidas por el método «estemático» de Lachmann a partir de la década de 1830, las cuales se consolidaron como dogma científico gracias a *Textkritik* (1927) de Paul Maas. Ello implicaba reconstruir las copias conocidas de un texto determinado como un «árbol genealógico», que colocaba el texto original en la parte superior, lo cual encarnaba la premisa de que lo más antiguo era siempre mejor. Este método tendía a ocultar el «legado indirecto» de la supervivencia a través de citas contenidas en textos laterales y en comentarios, que Timpanaro llegó a valorar mucho en su trabajo sobre Virgilio; este legado indirecto privilegiaba las categorías *a priori* sobre el enfoque caso por caso que había aprendido de Pasquali, lo cual implicaba evaluar todas las formas posibles de evidencia.

Pero la canonización de Lachmann por Maas y otros estudiosos también estableció una narrativa de invención y propiedad en beneficio del profesor de la Universidad de Humboldt, eliminando del panorama a los filólogos anteriores sobre cuyos trabajos se había basado Lachmann. Uno de los principales motivos que animaron a Timpanaro a escribir *La genesi del metodo del Lachmann*, argumenta Geue, fue el deseo de corregir esa injusticia histórica.

Después de la filología, *Major Corrections: An Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro* pasa a considerar los términos del compromiso duradero de Timpanaro con el poeta y filósofo Giacomo Leopardi (1798-1837). Para los italianos, Leopardi es una figura nacional a la altura de Wordsworth o Whitman, pero, como señala Geue, con un lado más oscuro y duro, a veces mordazmente satírico, como sucede en la epopeya burlesca *Paralipomeni della battaglia tra topi e rane* (1831), un comentario poético sobre la represión de los levantamientos de la década de 1820 en Nápoles y Turín, o el elogio irónico al progreso moderno en *Palinodia* (1835). Nacido en el seno de una familia de la pequeña nobleza en Recanati en 1798, Leopardi formó parte de la misma generación que Pushkin y Stendhal, alcanzando la mayoría de edad bajo el profundo conservadurismo de la Restauración posnapoleónica y rebelándose contra ella en el espíritu de la Ilustración que había traicionado; en el caso de Leopardi, una rebelión que solo se intensificó por el dolor de una grave enfermedad espinal. A los 20 años ya había adoptado opiniones radicalmente democráticas, igualitarias y anticlericales, combinadas con un pesimismo más amplio. Para Leopardi, la humanidad constituía una «parte insignificante» de la existencia natural. Para él, la naturaleza era una *matrigna*, una madrastra malvada que condenaba a los seres humanos al sufrimiento físico y mental, lo cual constituye una radicalización de las conclusiones de Voltaire sobre el terremoto de Lisboa. Para Timpanaro, la «extraordinaria musicalidad» del lenguaje de Leopardi, las expresiones de ternura y la vívida evocación de escenas de la naturaleza contenidas en las *Canzoni*, las *Operette morali* y el *Zibaldone* no contradecían esa amarga verdad, sino que en realidad servían para realzarla.

Geue detalla la lucha que Timpanaro libró durante toda su vida para rescatar a Leopardi de la identificación que la burguesía literaria italiana hacía de él con el movimiento romántico, que él consideraba principalmente un respaldo reaccionario al misticismo y al solipsismo, si no un semillero para el etnonacionalismo. Pero Timpanaro no se oponía menos a los intentos de la izquierda de apropiarse de Leopardi como precursor de las tradiciones comunistas o ecosocialistas. El pesimismo y el materialismo leopardianos podían ser un antídoto útil contra el falso optimismo de la propaganda soviética o el voluntarismo de la extrema izquierda de la década de 1970. Pero, al igual que los antiguos, merecía ser comprendido ante todo en sus propios términos. De todos los autores modernos, Leopardi era sin duda el que

Timpanaro apreciaba más. Su primer libro, *La filologia di Giacomo Leopardi*, publicado con gran éxito en 1955, era un estudio exhaustivo de la obra filológica de Leopardi, hasta entonces ignorada en medio del entusiasmo por su poesía. Y fue en torno a Leopardi y sus compañeros donde tomó forma el último grupo de ensayos de Timpanaro escritos en la década de 1990. Aunque todavía poco conocidos fuera de Italia, estos trabajos sintetizaban una cosecha de investigaciones muy originales sobre la cultura italiana de mediados del siglo XIX, que sacaron a la luz una fértil corriente de pensamiento materialista ilustrado —entre la que se encontraban Pietro Giordani, amigo de Leopardi, Ludovico Di Breme y Carlo Bini— que era abiertamente antirromántica y que había sido ignorada por los estudiosos anteriores. En contra de la idea predominante del progreso lineal del siglo XIX —Revolución Francesa, romanticismo, liberalismo, 1848—, Timpanaro reveló una batalla de ideas más rica y compleja en la que los oponentes radicales del liberalismo romántico tuvieron mucho que decir durante bastante tiempo.

A diferencia de quienes identifican frecuentemente a los clasicistas con los defensores del Antiguo Régimen —encarnada en la polarización que se produjo en Francia en 1830 en torno a *Hernani*, de Víctor Hugo, que enfrentó a los jóvenes rebeldes partidarios de la obra, que rompía con los géneros, contra los oponentes tradicionalistas—, Timpanaro demostró que fue precisamente entre los clasicistas como Leopardi y sus amigos donde se encontró una crítica anticlerical, materialista, projacobina y, de hecho, rotundamente atea del orden económico y social del siglo burgués. (Otro ejemplo en una generación posterior sería Giosuè Carducci (1835-1907), un clasicista que reanimó las formas poéticas antiguas, pero que también fue un republicano militante, cercano al anarquismo, antes de virar hacia la derecha al final de su vida, convirtiéndose en monárquico, senador y primer ganador italiano del Premio Nobel). Las intervenciones de Timpanaro sobre estas cuestiones, recopiladas en *Classicismo e illuminismo nell'Ottocento italiano* (1965) y *Nuovi studi sul nostro Ottocento* (1995), transformaron la fisonomía de la cultura italiana del siglo XIX. Más tarde, el clasicismo encontraría una nueva serie de defensores —Amedeo Quondam en Italia, Marc Fumaroli en Francia—, pero estos estudiosos volvían a tener, en general, una fuerte inclinación antimoderna, mientras que la defensa que hacía Timpanaro se basaba siempre en una visión materialista del mundo, unida a un radicalismo político intransigente. Su postura podría compararse más justamente con la de Galvano Della Volpe, otro destacado marxista italiano, cuya reinterpretación de los teóricos neoplatónicos del siglo XVI en *Poetiche del Cinquecento* (1954) también se inscribía en una clave antirromántica.

Estas discusiones sobre la formación de Timpanaro como filólogo clásico y sobre su enfoque de la historia cultural y de las ideas italianas allanan el camino para el estudio de Geue sobre sus ricas y singulares contribuciones

al pensamiento marxista contenidas sobre todo en los ensayos recopilados posteriormente en *Sul materialismo*, muchos de ellos publicados por primera vez durante la década de 1960 en la revista herética de izquierda cuyo título era los *Quaderni Piacentini*. En opinión de Geue, Timpanaro trataba de defender y ampliar el pensamiento marxista frente al «materialismo vulgar» del Partido Comunista Italiano, cada vez más reformista, y al idealismo reinante del pensamiento burgués. La conciencia dependía de procesos materiales –biológicos y físicos–; el poder de la ideología estaba limitado por las condiciones sociales y económicas reales. En la introducción de 1970 a la edición original italiana de *Sul materialismo*, Timpanaro acogió con satisfacción la renovación del pensamiento marxista «a la luz de todo lo nuevo que ha ocurrido en el Occidente capitalista, en China y en el Tercer Mundo», pero argumentó, no obstante, que sus reinterpretaciones por la Escuela de Frankfurt y por los althusserianos permitían que sobreviviera «muy poco del marxismo». Los primeros descartaban la ciencia como ideología burguesa (en la horma de la *Dialéctica de la Ilustración*), mientras que los segundos retrocedían del materialismo al cientificismo platónico de los estructuralistas.

Major Corrections: An Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro muestra cómo nuestro autor movilizó los conocimientos de la filología clásica y del materialismo leopardiano para rechazar cualquier concepción providencialista de la historia orientada hacia el progreso definitivo. Señaló que muchos resultados históricos no eran dialécticos, sino que implicaban la destrucción o la eliminación –textos perdidos, lenguas olvidadas, ciudades en ruinas, pueblos exterminados– en lugar de transformación. La dialéctica hegeliana podía ser útil desde el punto de vista heurístico, e incluso plenamente funcional en casos excepcionales, pero en su mayor parte las explicaciones del cambio histórico requerían un examen de las causas laterales: las presiones de un desarrollo combinado pero desigual. Además, insistía Timpanaro, una teoría explicativa debía tener en cuenta la proporción preponderante del mundo que era «irreductible a las relaciones humanas». Esta postura, basada en un diálogo renovado con las ciencias naturales y con el pensamiento de la Ilustración, no conducía a ninguna visión optimista. Las aspiraciones humanas de felicidad se topan inevitablemente con obstáculos materiales insuperables, como la enfermedad, la vejez y la muerte. El sufrimiento histórico era superable, argumentaba Timpanaro, y el marxismo apuntaba acertadamente a ponerle fin; pero era una ilusión pensar, que ello podría alterar sustancialmente la condición congénitamente frágil del *Homo sapiens sapiens*.

En *Il lapsus freudiano: psicanalisi e critica testuale*, Timpanaro volvió a recurrir a las herramientas de la filología para criticar despiadadamente la afirmación de que el inconsciente se manifiesta a través de lapsus y descuidos del tipo que Freud analiza en *La psicopatología de la vida cotidiana*.

En contra de este axioma, Timpanaro defendió la aleatoriedad de tales errores, demostrando que podían explicarse más simplemente a través de los mismos procesos banales identificados desde hacía tiempo por los filólogos como causas de la corrupción de manuscritos raros a manos de los copistas –distracción, homofonía, reordenación, omisión– que tanto los correctores como los clasicistas conocían bien. En opinión de Timpanaro, argumenta Geue, la hiperinterpretatividad freudiana era arrogante, infalsable y reductiva; imponía categorías *a priori* –el inconsciente, el complejo de Edipo– a formas muy variadas de sufrimiento y experiencia. Como psicoanalista, Freud utilizaba sus preguntas para manipular el curso de la terapia de forma mayéutica del mismo modo que el diálogo socrático garantizaba que el interlocutor siempre llegara a la conclusión correcta «por sí mismo».

Il lapsus freudiano: psicanalisi e critica testuale no era solo una polémica: Timpanaro admitía que algunos lapsus podían ser irrupciones del inconsciente. Elogiaba las habilidades literarias de Freud y consagraba mucho más tiempo para sus primeros trabajos, más científicos, especialmente en comparación con las afirmaciones histórico-mundiales de escritos tardíos como *Totem y tabú*. Como muestra Geue, Timpanaro también reconoció su propia incapacidad para resolver la agorafobia incapacitante que cada vez más lo confinaba a su escritorio. Explicando su difícil situación en una carta de 1983 a un corresponsal más joven, escribió:

En parte hay ira, no tanto por mis circunstancias personales como por el maldito mundo en el que tenemos que vivir; en parte, se trata de una neurosis constitucional de la que siempre he sufrido (estados de ansiedad incluso sin una razón específica, fobias de diversos tipos, etcétera); como les sucede a todos los neuróticos, hay periodos en los que las cosas van mejor y otros en los que van peor; y a menudo incluso estas alternancias no dependen de razones específicas; o, como diría un freudiano, las razones están ahí, pero ocultas en el inconsciente; y puede que sea cierto: yo, como sabes, no creo en muchos puntos esenciales de la doctrina de Freud, pero sí creo que el inconsciente tiene un papel importante en las neurosis y en muchos otros comportamientos nuestros, especialmente en aquellos aparentemente «carentes de razón».

Timpanaro fue un corresponsal extraordinario y muchas de sus cartas son auténticos microensayos en los que aclaraba las cuestiones que más le interesaban en diálogo con algunos de los principales intelectuales y académicos de la época, amigos como Carlo Ginzburg, Francesco Orlando, Eduard Fraenkel y Arnaldo Momigliano. La biografía de Geue se beneficia de las conversaciones con muchas de estas figuras, así como de su exhaustiva investigación en los archivos de Timpanaro en la Scuola Normale, recopilados escrupulosamente por la viuda de Timpanaro, Maria Augusta Morelli Timpanaro, ella misma archivera de la región de la Toscana e historiadora de la Inquisición en Florencia, a quien *Major Corrections: An*

Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro rinde un merecido homenaje. En muchos casos, las amplias citas de Geue de estas cartas representan la primera vez que se da a conocer este pensamiento.

Más allá del interés intrínseco de su investigación archivística original, *Major Corrections: An Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro* también ofrece una interpretación convincente de su obra y de su pensamiento. Cuando Ernst Curtius publicó *European Literature and the Latin Middle Ages*, su gran obra sobre la literatura latina y las lenguas románicas en 1948, Croce, ya octogenario, se burló de los «filólogos con ideas». Geue, por el contrario, muestra de forma convincente cómo los principios de la filología clásica, tal y como los desarrolló y formuló Timpanaro, le permitieron abrir nuevos caminos al aplicarlos a otros campos —el pensamiento de la época romántica, el marxismo occidental, el estructuralismo, el psicoanálisis freudiano— precisamente porque, cuando se practicaban al más alto nivel, encarnaban una cosmovisión general del mundo y no solo un conjunto de técnicas formalizadas. El mayor logro del libro de Geue radica en la agudeza y la sensibilidad con la que reconstruye las preocupaciones congruentes y constantes, que conectan de forma invisible los diferentes campos de trabajo de Timpanaro.

Las ideas y percepciones derivadas de una formación filológica clásica son más evidentes en *Il lapsus freudiano: psicanalisi e critica testuale*, pero Geue demuestra que son una constante en los escritos de Timpanaro. Existe una clara relación entre la necesidad del filólogo (pasqualiano) de sopesar todas las pruebas textuales y la preocupación de Timpanaro por las tradiciones intelectuales marginadas que merecen ser sacadas a la luz. Su oposición a la aplicación mecánica de categorías filológicas generales —como en los tratamientos posteriores del método de Lachmann— tiene analogías con su rechazo de las abstracciones dialécticas como explicaciones históricas o como llave maestra para explicar los fenómenos más dispares. Su ácida crítica a los discípulos que llevan las ideas de sus maestros a extremos dogmáticos se aplica tanto a los filólogos cientificistas como Maas como a los ultrafreudianos. Estos ejemplos podrían multiplicarse fácilmente. Al cerrar el libro de Geue, uno queda convencido de que, para Timpanaro, la filología clásica era una auténtica *forma mentis* con la que examinar los procesos culturales y sociales: un entrenamiento mental para comprender mejor el desarrollo histórico de la humanidad en su conjunto. Se necesitaba un clasicista con una aguda mente teórica para demostrar las profundas correlaciones que unen áreas de investigación tan diversas. A pesar de la magnitud de la tarea, Geue ha tenido un éxito sin precedentes. *Major Corrections: An Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro* es una obra académica de primer orden.

Aunque procede temáticamente, Geue es muy consciente de lo interrelacionados que estaban estos diferentes campos en la mente de Timpanaro. Una cita de una obra tardía, la edición comentada de Timpanaro del *De*

divinatione de Cicerón para un público popular, puede servir como ilustración. Cicerón, escribió Timpanaro, estaba fuertemente influenciado por el discípulo y sucesor de Aristóteles, Teofrasto:

En materia de ética, Teofrasto había sentido [...] la necesidad saludable del antiascetismo, de la conciencia de la dependencia del hombre respecto a los bienes y males «externos», de la ausencia de arrogancia filosófica en contraste con el espíritu que prevalecía en las filosofías helenísticas [...]. La virtud sigue siendo siempre el bien supremo, pero hay felicidad (salud, bienestar) e infelicidad (enfermedad, pobreza), que ni siquiera el sabio puede declarar inexistentes [...]. El sabio también es un hombre y tiene un cuerpo (y el alma en sí misma no es totalmente independiente del cuerpo). En esto, como Giacomo Leopardi vio claramente, Teofrasto era más verdaderamente materialista y hedonista que [su contemporáneo más joven] Epicuro; y tal vez, tras milenios de especulación filosófica, aún no haya ganado completamente su batalla.

Cicerón-Teofrasto-Epicuro-Leopardi-la situación cultural actual; y, como hilo conductor, el problema filosófico del materialismo. De hecho, como se desprende incluso de estas pocas líneas, los autores cuentan no solo por su relevancia histórica, sino porque permiten a los lectores plantearse cuestiones más generales. De forma explícita, como en este caso, o más a menudo de forma implícita, no pueden evitar dialogar entre sí a través de los siglos, aunque con todas sus diferencias e inconfundibles personalidades intactas. Timpanaro siempre rechazó la tendencia a normalizar a los pensadores, convirtiéndolos en precursores del presente o remodelándolos para que se ajustaran mejor a las creencias del intérprete. La investigación intelectual debería servir en realidad para identificar su especificidad única, admitiendo, por ejemplo, que el materialismo de Leopardi *no* es el de Marx y no lo «prepara»; se trata de respetar sus incompatibilidades y no de intentar reconciliarlas.

Como cualquier estudio, *Major Corrections: An Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro* tiene sus omisiones. Si bien Geue es un excelente guía para comprender las intrincadas cuestiones filológicas, lingüísticas, filosóficas y políticas que animaron el pensamiento de Timpanaro, apenas se esboza el contexto de la historia y la cultura italianas de mediados del siglo XX. (Ello contrasta con otro estudio reciente en italiano, mucho más breve, de Luca Bufarale, *Sebastiano Timpanaro: L'inquietudine della ricerca* (2022), que, por el contrario, es muy sólido en filosofía y política, pero presta menos atención a su trabajo filológico y lingüístico). Nunca es fácil encontrar el equilibrio adecuado en una biografía intelectual entre las figuras situadas en primer plano y el panorama de fondo, pero el libro de Geue parece haber renunciado a cualquier intento de reconstruir el mundo que rodeaba a Timpanaro. No se trata de un caso aislado en los estudios anglófonos recientes que tratan, aunque sea parcialmente, temas italianos; el problema ya era

evidente, por ejemplo, en la biografía de Eric Hobsbawm escrita por Richard Evans, *A Life in History* (2019).

Vale la pena mencionar algunos errores que se han colado, confiando en que puedan corregirse en la traducción al italiano. En primer lugar, a pesar de la (constante) penetración de las ideas de Adorno y Horkheimer, no es cierto que la Ilustración estuviera profundamente «pasada de moda» entre los marxistas italianos de la década de 1960, quienes, por el contrario, la consideraban una precursora directa del movimiento socialista. Asimismo, los marxistas italianos prestaban mucha atención a los nuevos descubrimientos científicos; fue un marxista, Ludovico Geymonat, quien dirigió la primera historia de la filosofía italiana en varios volúmenes (1970-1972), que integraba sistemáticamente la historia de la ciencia en el panorama más amplio del pensamiento occidental. En segundo lugar, Geue sugiere que la influencia de Freud en Italia siempre ha sido «limitada»; de hecho, ha sido enorme y su penetración en la cultura italiana fue lo que motivó la crítica de Timpanaro. La síntesis de Geue de la década de 1970 —«un periodo marcado por la crisis económica, niveles devastadores de desempleo y actos de resistencia violenta por parte de la extrema izquierda (por ejemplo, el secuestro y asesinato del político y ex primer ministro Aldo Moro), con atrocidades terroristas aún peores por parte de la derecha neofascista»— presenta de forma demasiado generosa los asesinatos y secuestros como una mera respuesta a la brutalidad del sistema, mientras que, por otro lado, pasa por alto el grado de infiltración de los servicios secretos italianos en los grupos revolucionarios, incluidas las Brigate Rosse. El brutal asesinato de Moro también marcó el principio del fin del movimiento estudiantil y constituyó una catástrofe para la izquierda.

Paradójicamente, la reconstrucción de Geue también adolece en cierta medida del crédito otorgado a las cartas de Timpanaro como fuente principal, lo cual constituye en muchos aspectos uno de los grandes puntos fuertes de la biografía. *Major Corrections: An Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro* se toma demasiado al pie de la letra las quejas de Timpanaro sobre su propio aislamiento. En realidad, en la década de 1980 gozaba de gran prestigio en Italia, hasta el punto de que su obra se leía y se debatía en los institutos, donde los matices existencialistas de su interpretación de Leopardi resultaban especialmente atractivos para los estudiantes. Por encima de todo, Timpanaro no estaba en absoluto aislado intelectualmente; muchos marxistas italianos compartían sus mismas preocupaciones. Franco Fortini abordó repetidamente el problema del «mal natural» en la década de 1950, mucho antes de que se escribiera *Sul materialismo*: «Los discapacitados, los antisociales [...] los enfermos, ¿qué lugar ocupan en la antropología marxista? Podéis decir que estoy rebuscando entre los restos del irracionalismo, pero debéis responder». O también: «El cementerio, el manicomio,

el hospital y la prisión son lugares tan importantes en la ciudad como las escuelas, el ágora, el juzgado y la biblioteca». Además, en 1963 Italo Calvino situó el «mal natural» en el centro de su mejor novela, *La giornata d'uno scrutatore*:

¿El comunismo devolverá las piernas a los cojos y la vista a los ciegos? Es decir, ¿el cojo tendrá tantas piernas artificiales para correr que no notará si le falta una? ¿Es decir, el ciego tendrá tantas antenas para percibir el mundo que olvidará que no tiene ojos?

Por ello, cuando se publicaron los ensayos de Timpanaro sobre el materialismo, Calvino, que en ese momento también era ateo, comunista y materialista, le mandó una sincera carta, donde incluso decía que «el hombre es solo el mejor caso que conocemos en el que la materia se ha dado un medio para informarse sobre sí misma». (*L'uomo è solo la migliore occasione a noi nota che la materia ha avuto di dare a se stessa informazioni su se stessa*). Del mismo modo, durante los años en que Timpanaro polemizaba contra el estructuralismo francés, Vincenzo Di Benedetto, destacado estudioso de la Antigua Grecia y profesor en Pisa, entonces uno de los principales centros europeos de estudio de la Antigüedad clásica y un centro intelectual comparable a Oxford o Cambridge, libraba una batalla paralela contra Jean-Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet, con argumentos en parte análogos, en los ensayos recopilados en *Filologia e marxismo: Contro le mistificazioni* (1981), escrito en colaboración con Alessandro Lami. En resumen, Timpanaro no estaba solo, sino que ayudó a liderar la respuesta de los clasicistas marxistas a las nuevas tendencias intelectuales procedentes de Francia. La cuestión es que la cultura marxista experimentó un florecimiento sin precedentes en Italia entre 1950 y 1980 y Timpanaro fue precisamente uno de sus exponentes más combativos y originales. Al sur de los Alpes había muchas «familias» intelectuales de izquierda, interconectadas de diversas maneras: las inspiradas en Gramsci, con el patrocinio del PCI; las vinculadas a Lukács, con Cesare Cases y Fortini en primera fila; los seguidores de Della Volpe, entre ellos Giacomo Debenedetti, el mayor crítico literario italiano del siglo XX; agrupaciones científicas y antidialécticas, entre las que se encontraban Geymonat y Lucio Colletti; y los *operaistas*, liderados en su primera fase por Raniero Panzieri, Mario Tronti y Toni Negri. En este marco, Timpanaro probablemente representaba una escuela propia y diferenciada, a veces aliada con las demás y otras veces en feroz polémica con ellas. Pero ello formaba parte de su personalidad como pensador de mentalidad muy independiente, más que un caso de aislamiento político o intelectual.

Geue, por supuesto, pertenece a otra época. La anglosfera contemporánea, donde Princeton cancela el estudio obligatorio del latín y el griego para los estudiantes de estudios clásicos en nombre de la inclusión y la

diversidad, contrasta radicalmente con la época de Timpanaro, cuando el respeto generalizado por el clasicismo no implicaba ninguna actitud elitista, ni por supuesto ninguna asociación con los intentos del nacionalismo italiano de cooptar el mundo latino para su propia gloria. Más bien sucedía lo contrario: la izquierda organizada luchó por extender la enseñanza de las lenguas y la filosofía antiguas al mayor número posible de futuros ciudadanos, incluidos los futuros trabajadores manuales a los que Timpanaro enseñó en la década de 1950. Todavía en la década de 1990, alrededor del 35 por 100 de los estudiantes de secundaria italianos aprendían latín y alrededor del 10 por 100 aprendían tanto latín como griego. Del mismo modo, en la conclusión Geue presenta la fe inquebrantable de Timpanaro en el valor social de la verdad, así como su compromiso con la justicia y la igualdad, como un principio vinculante que une su investigación filológica e histórico-intelectual con su defensa del materialismo marxista, lo cual constituye una de las características distintivas de su obra. Pero, aunque esto distingue a Timpanaro de la teoría radical actual, impregnada desde hace tiempo del nietzscheanismo y el relativismo posestructuralista, en el contexto de la cultura italiana de la posguerra podemos decir lo mismo de prácticamente cualquier estudioso, marxista o no: todos creían en el valor de la verdad y en la necesidad de buscarla.

Pero si bien el contexto cultural y político de la época es algo difuso en el libro de Geue, ello no resta importancia a los numerosos y fascinantes descubrimientos contenidos en el mismo, que enriquecen nuestra comprensión de Timpanaro. De hecho, la conclusión de *Major Corrections: An Intellectual Biography of Sebastiano Timpanaro* explica que su prolongado compromiso con el pensamiento de Timpanaro ha cambiado su propia posición en estos frentes clave. Formado en las tradiciones posestructuralistas que han prevalecido en las universidades anglófonas desde 1990, a Geue se le había enseñado a contemplar con recelo el lenguaje de la «verdad», ya que enmascaraba «un positivismo encubierto» y ocultaba una serie de compromisos *a priori* desconocidos que, en general, eran los de los vencedores de la historia, cuyo dominio se sustentaba en afirmaciones de «neutralidad», «objetividad» y «verdad». La virtud de Timpanaro, escribe ahora Geue, fue mostrar que «la fuerza de la verdad» no era solo para los vencedores. Para él, la verdad no podía ser monopolizada por ninguna persona o grupo; permanecía «ahí fuera», para ser encontrada con esfuerzo y perseverancia, «un verdadero bien común, inalienable, inmune a la reivindicación de propiedad». Quizá la conclusión final que puede extraerse de esta rica y estimulante monografía es el simple hecho de que un marxista imaginativo y filólogo clásico de una generación más joven ha registrado la importancia de la contribución de Timpanaro como un posible antídoto contra la deriva teórica del presente. Si esto es solo un primer paso, es un buen augurio; y, siguiendo los pasos

de Geue, cabe esperar que la recuperación militante de una tradición intelectual vital, pero ahora completamente marginada fuera de Italia, cobre un nuevo impulso. Hay mucho que ganar con un nuevo examen de su historia, hace tiempo enterrada.